

Todas se parecían a Celia

Lema: *Sherezade*

El cocotaxi frenó en seco. Nuestros desayunos jugaban a la cama elástica en las paredes del estómago. El conductor gritó:

-¡Ya hemos llegado!

Luego nos cobró, dio las gracias, los buenos días y un par de consejos, con la pachorra del que no necesita reloj de pulsera. Conducía deprisa y hablaba despacio, con cadencia de bolero.

Al apearnos, el sol del Caribe nos pegó un bofetón. Me acuerdo perfectamente: nuestro segundo día en La Habana. Isabel y yo no habíamos salido nunca juntos al extranjero, y ese viaje era lo más parecido posible a una luna de miel. Veníamos de la plaza de la Revolución y nos dirigíamos a Partagás, a visitar la fábrica de tabaco más famosa del mundo. Pero hacía demasiado calor...mejor buscar un bar, cualquier lugar techado donde echar un trago. Partagás podía esperar media hora.

Dimos con el sitio. Sin ser un encanto, valdría. Unos cuantos carteles, clavados a la pared con chinchetas, recordaban tiempos mejores. El camarero bostezaba y pasaba las páginas de algo que ocultaba bajo el mostrador. El suelo era una fiesta de colillas y desperdicios; mezcladas con los restos de comida, unas octavillas invitaban a asesinar a Condoleezza Rice. Pocos parroquianos a esas horas: tres o cuatro negros, cada uno por su lado, bebiendo cerveza barata; se notaba a la legua que no tenían mejor cosa que hacer. También nosotros pedimos cerveza barata. Estaba buena, calmaba la sed. Uno de los negros se nos acercó. Para trabar amistad. Un reto para mi monedero.

-¡Me llamo Marco!

-¿Mario?

-¡No, Marco, Marco! ¡Como Marco Polo!

Cuando sonreía, mostraba una boca sin apenas ya dientes, en estado de abandono. Era un hombrecillo de unos sesenta y pico años, mas bien bajito, flacucho y desgarrado. Babuchas de felpa, pantalones de tergal y una camiseta publicitaria, regalo de algún turista, con unos cuantos lamparones de grasa. Lucía un bigote finito, también mal cuidado: más de santón que de dandy. Bueno en lo suyo: timbre melodioso, variedad de repertorio, halagando sin empachar, y como baza principal, la fórmula te doy lo poco que tengo. Señora, acépteme esto y lo otro, para que se lleven ustedes un recuerdo de su amigo...una caja de cerillas, un cigarro, el Granma. Mientras, las rondas se iban sucediendo y amenazaban con trastocar el plan del día. Marco pidió otra, ya pagaría alguien. Le dio un ataque de tos seca y lo mató bebiéndose la cerveza de un sorbo. Reculó un poco, hizo aspavientos con el brazo derecho como si hablara para una multitud.

-Ahora soy yo el que les voy a invitar. Les convido a comer en la casa. Mi gorda cocina muy bien, se lo aseguro.

Isabel y yo nos miramos. Nos habíamos prometido rechazar toda invitación, pero ahora, a punto de caer en la trampa, nos divertía.

-Cocina modesta, pero bien guisada. Sabrosa, brother. Y luego una botella de

un roncito que no hay otro igual.

De nuevo nos miramos. Partagás podía esperar un día.

Tras salir del bar, anduvimos un par de cuadras, hasta llegar a un portal demasiado castigado por la humedad. Entramos y subimos a un tercero. Había que tener cuidado al pisar los escalones porque la madera se resquebrajaba. Nos cruzamos con un par de gatos bastante nerviosos: buscaban ratas entre las sombras; las piezas capturadas yacían de costado, con dentelladas en el cuello o amputadas las patas, y parecía ser costumbre de los vecinos el apartarlas a puntapiés.

La vivienda de Marco era ya otra cosa: una miniatura, pero al menos era luminosa y no había mugre. No tenía cuarto de baño, por supuesto, ni televisor; la cocina estaba en el saloncito, y el humo que salía de las perolas había conseguido, con los años, decolorar el albero de las paredes, hasta dejarlo en un amarillo pálido que contrastaba con el del resto de la estancia. En cambio, olía muy bien, quien iba a suponerlo: los jazmines del balcón estaban reventones, trepaban y se enredaban entre ellos; su aroma, inconfundible, se te metía hasta los pulmones. Me fue tristemente fácil echar un vistazo al mobiliario de la habitación. Los fogones, una estantería para los cacharros, un aparato de radio, una mesa de madera con un cajón que no encajaba bien, dos sofás. Uno a punto de caramelo, el otro aún podía aguantar un par de revoluciones y alguna dictadura. Llegado el momento, la gorda puso la mesa y nos invitó a sentarnos en el que peor estaba.

-Nos van a disculpar, es que en el otro duerme Celia.

-Es nuestra hija, la única que nos queda en casa; los demás están ya por ahí, pariendo como locos-nos aclaró Marco. Tomó aire; ahora, los ojos le brillaban.-Celia. Se llama Celia, como Celia Cruz. ¡Qué buena es mi Celia...! Sólo viene por la noche, a dormir en ese sofá y no da más guerra. A estas horas, está trabajando.

Comimos. Desde luego, no resultó cómodo, pero comimos. Marco no nos había engañado: su mujer era una magnífica cocinera. Y una gran conversadora, como él. Sacaron la botella de ron y llenamos cuatro vasos. Marco me invitó a que le acompañara a su habitación mientras la negrona entretenía a Isabel con sus historias. Entré en un cuarto aún más desnudo que el principal: tan sólo una cama de matrimonio, un armario y dos fotos enmarcadas, en línea y hacia el centro de la cama, a la altura donde otro hubiera puesto un crucifijo. Una, la típica foto de novios. Me señaló la otra con un leve gesto, barbilla y ojos buscando mi complicidad.

-Es Celia, ¿verdad?

Una morenita bastante joven, casi una cría, posando con poca ropa, apoyada en el tronco de una palmera, junto a un semáforo y una tienda de alimentación. Un escote generoso, mirada de pantera, los dientes tan blancos como las teclas de un piano. Quizás estaba trabajando.

-¡Guapa!, ¿eh? Ahora, esto que quede entre usted y yo, las señoras no tienen por qué enterarse. Cien pesitos de los suyos, de los de los turistas, y se la puede templar. Aquí, en esta misma cama. Yo me ocupo de preparar el negocio.

Me quedé perplejo. No sabía como empezar a articular una respuesta, estaba indignado. Marco lo notó.

-No se equivoque, mi amigo. Esto no lo hago por gusto. No tiene ni idea de lo mal que está la cosa. Muy, pero que muy achuchada.

-No se equivoque usted, Marco. Isabel y yo somos una pareja, ¿comprende? Estamos enamorados. En mi país, la gente se enamora.

-¡Y en éste también, carajo! Su señora está muy bien, pero lo que le estoy ofreciendo es una mujercita que no ha hecho los diecisiete ... ¡Está bien, está bien, dejémoslo, usted es el que se lo pierde!

Me creí fuera ya de peligro. Un error.

-¡Ya sé lo que usted necesita, compay! Lo que le voy a enseñar ahora es algo mucho mejor, porque es un recuerdo para toda la vida, ¡y vaya recuerdo...! ¡Va a ser usted la envidia de todos los españoles! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

Se puso a cuatro patas y se perdió unos segundos debajo de la cama. Sacó de allí una bolsa de plástico, la arrastró por el suelo. Debía pesar bastante. Al trasluz, me pareció que contenía piedras o algo por el estilo.

-Por los mismos cien pesitos, se lleva usted un trozo del Golden Gate.

-Ya...

-¿Cómo que ya? ¡Tenía usted que estar saltando de alegría, chico! ¿O es que no sabe lo que es el Golden Gate? ¡El puente ese tan grande que tienen los americanos, sale en muchas películas! Es una ganga, mi amigo.

Yo ya no daba crédito a lo que veía ni a lo que oía. Me acordé de San Lázaro, de Yemayá, de todos los dioses y todos los demonios.

-Ya sé lo que le pasa, caballero. No se fía de que sea auténtica, la pieza. Garantizado cien por cien. Tengo un familiar que vive allá, se fue desde Miami, y de vez en cuando se da una vuelta, con una especie de radial para cortar hierros, y cuando no hay guardias, ¡zas, para el saco! Luego, una vez al año, nos lo manda por correo.

Me mostró dos pequeñas piezas de acero roñoso, unidas entre sí por un tornillo oxidado.

-Claro, que a lo mejor prefiere un trocito de la torre de Pisa.

-¡No, déjelo, Marco! De llevarme algo, prefiero el Golden Gate. De llevarme algo...

Me di la vuelta y contemplé una vez más, la foto de la chica. Pensé en lo

que harían con el dinero. Comida para un mes, algo de ropa. Podrían permitirse algún capricho. Marco las llevaría a darse un paseíto por el Vedado: se vestirían de domingo para ir a tomarse un helado a Coppelia. Giré sobre mis talones y me encaré al mercachifle.

-Ochenta, ni un peso más. Y deme el más pequeño que tenga, que me lo pueda meter en un bolsillo y no se note. Y, por favor, ¡ni una palabra de esto a Isabel! Conociéndola, esta compra no le iba a hacer mucha gracia...

-¡Cómo sabía que se lo quedaba! ¡Es usted un hombre muy inteligente, además de afortunado!

Volvimos al saloncito. La señora de la casa trataba de hacerle aprender a Isabel unos pasos de rumba. Para ella, verme fue una liberación.

-¿Qué estabais haciendo, cielo? Pensé que os habíais muerto.

-Poca cosa. Marco me ha estado enseñando fotos de familia.

Seguimos bebiendo, hasta que se acabó la botella. Después, nos despedimos de nuestros anfitriones y nos fuimos. No serían más de las cinco. Al bajar a la calle, nos sentimos mal. Estábamos borrachos. Cogimos el primer taxi que vimos y nos largamos al hotel, del tirón. Nada más llegar a la habitación, vomitamos por turnos. Luego, nos quedamos acurrucados y dormidos.

Abrimos el ojo a eso de las nueve. Abotargados. Por suerte, teníamos somníferos a mano, en la mesilla. Pedimos algo de cena al servicio de habitaciones y pusimos la televisión. Concursos, Sierra Maestra, la sonora de Benny Moré, más Sierra Maestra en blanco y negro, el Che dirigiéndose a la nación.. .Cenamos. Hicimos el amor y me quedé dormido al instante. Caí en un sopor profundo, soñé mucho esa noche. Persecuciones, huidas, perfectos desconocidos que me llamaban por mi nombre. Veinte o treinta negritas apoyadas en otras tantas palmeras, sujetándose las tetas con las manos, mostrando sus sonrisas más obscenas, sus muecas de pornografía y las uñas, postizas, extremadamente largas. Todas se parecían a Celia.

Me desperté pronto. Nos despertamos pronto. No quisimos mirar la hora: volvimos a hacer el amor. Apagado el deseo, me levanté de un salto. No me apetecía ducharme. Me puse la ropa que había dejado tirada y abrí el balcón. Ni un gramo de resaca. Los buitres planeaban sobre la bahía haciendo extraños requiebros, casi se les podía alcanzar con la punta de los dedos. Me sentí joven y poderoso. La ciudad, desde el piso veinte del Habana Libre, era una puta lasciva rendida a mis pies. Tenía un trozo del Golden Gate en un bolsillo del pantalón.